

Textualidades cosmopolitas. Migración y configuraciones geopoéticas en *Los afectos* de Rodrigo Hasbún

Magdalena González Almada
CIFYH-CONICET, Universidad Nacional de Córdoba

Abstract

Los afectos (2015) by Rodrigo Hasbún narrates the complex plot of motivations that causes the transit of a German family to Bolivia and their permanence in this country. The hypothesis that guides this paper proposes that, in the textuality created by the author from Cochabamba, the fibers of migration, exile, adventure and nostalgia are woven to create a geopoetics (White; Aínsa) that interweaves fiction and historical events. Likewise, this study presents a look at a novel that, within the framework of contemporary Bolivian literary production, textualizes the migrant path from Europe to Bolivia driven by the search for the mythical Paitití that metaphorizes the hope of a new beginning. In this sense, migration is analyzed not from Bolivia to abroad but from Germany to Bolivia in an original approach proposed by Hasbún's novel. To develop this research, categories such as "uprooting" (Weil), "foreignness" (Seifert), "mobility" (Morley), "transnational gaze" (Robins and Aksoy) will be put into play in dialogue with notions that contribute to the study of the ways in which family ties are represented in Hasbún's novel such as "inheritance" and "family memory" (Saraceni).

Keywords

Migration, geopoetics, cosmopolitan textualities, contemporary Bolivian narrative

Resumen

Los afectos (2015) de Rodrigo Hasbún narra la compleja trama de motivaciones que provoca el tránsito de una familia alemana hacia Bolivia y de su permanencia en este país. La hipótesis que guía el presente trabajo propone que, en la textualidad creada por el autor cochabambino, se tejen las fibras de la migración, del exilio, de la aventura y la nostalgia para crear una geopoética (White, Aínsa) que entrelaza ficción y acontecimientos históricos. Asimismo, este estudio plantea una mirada sobre una novela que, en el marco de la producción literaria boliviana contemporánea, textualiza el derrotero migrante desde Europa hacia Bolivia impulsada por la búsqueda del mítico Paitití que metaforiza la esperanza de un nuevo comienzo. En ese sentido, se analiza la migración no ya desde Bolivia hacia el extranjero sino desde Alemania a Bolivia en un enfoque original planteado por la novela de Hasbún. Para desarrollar esta investigación se pondrán en juego categorías tales como “desarraigo” (Weil), “extranjería” (Seifert), “movilidad” (Morley), “mirada transnacional” (Robins y Aksoy) en diálogo con nociones que contribuyen al estudio de los modos en que son representados los lazos familiares en la novela de Hasbún, tales como “herencia” y “memoria familiar” (Saraceni).

Palabras clave

Migración, geopoéticas, textualidades cosmopolitas, narrativa boliviana contemporánea

*Todo espacio que se crea en el texto
instaura una gravitación, precipita y cristaliza sentimientos,
comportamientos, gestos y presencias que le otorgan su propia densidad*

Fernando Aínsa

Los espacios en la tradición literaria de Bolivia y en la literatura del siglo XXI

Durante los primeros años del siglo XXI, la narrativa boliviana presentó una configuración espacial en la que predominaban diversas tendencias: por un lado, se retrataba el espacio urbano —preferentemente el de la ciudad de La Paz— en un claro gesto de rescate y reescritura de una tradición literaria que había configurado como “suelo” narrativo privilegiado al “espacio

nacional". Ese espacio nacional se constituyó como hegemónico a partir de producciones literarias que lo referenciaban tanto en el ámbito rural cuanto en el urbano y siempre privilegiando el eje occidental del país. Así, valles y ciudades de Potosí, Cochabamba y La Paz eran los lugares más frecuentados por los autores, desde Alcides Arguedas a Augusto Céspedes, desde Carlos Medinaceli a Jaime Saenz, estableciendo una tradición literaria en el siglo XX que, en cuanto a los espacios, confiere relevancia a valles, minas y urbes. Estos lugares resultaban reconocibles para los lectores y acentuaban el imaginario, predominantemente andino, constituido en relación con el espacio boliviano.

Este imaginario se construye a partir de imágenes, ya familiares para los lectores, creadas a partir del propio espacio habitado por ellos. En ese sentido, el imaginario del altiplano, por ejemplo, de los valles, etc., se acentúa a partir de la creación literaria, en el sentido que Daniel H. Cabrera le otorga a la idea de lo imaginario como "conjunto de metáforas, mitos, símbolos transhistóricos y transculturales" (20) que, en el caso de la literatura de Bolivia, supone una posibilidad de "estandarizar" la "sociedad abigarrada" de la que hablaba el sociólogo René Zavaleta Mercado, vinculando esos espacios al imaginario nacional.¹ En nuestra contemporaneidad, los textos literarios, si bien se tensionan y dialogan con esa tradición literaria del siglo XX, revisan el espacio urbano, sobre todo de la ciudad de La Paz, en textos tales como *Cuando Sara Chura despierte* (2003) e *Illimani púrpura* (2011) de Juan Pablo Piñeiro, *Periférica Blvd* (2004) de Adolfo Cárdenas, *De kenchas, perdularios y otros malvivientes* (2013) de los Hermanos Loayza, *Ayer el fuego* (2022) de Rodrigo Urquiola, entre otros. En la configuración del espacio de la ciudad se tejen tramas narrativas que la muestran en su nueva disposición cartográfica y las acciones de los personajes se desplazan desde el centro de la ciudad hacia sus márgenes, desde los barrios altos hasta los más bajos en la zona Sur, entre el espacio público de las plazas, las calles, y los espacios privados, íntimos, de las casas y habitaciones.

En una segunda tendencia, los espacios cobran menos relevancia en la trama narrativa, dando lugar a la indagación intimista, desdibujándose o desvaneciéndose para acentuar los conflictos personales de los personajes en un intento por escapar de la inclinación a la "literatura social" predominante en el campo literario del siglo XX. De hecho, la intención de "desmarcarse" de

¹ Zavaleta Mercado construye la categoría de "sociedad abigarrada" a partir de la idea de que en Bolivia "cada pueblo viste, canta, come y produce de un modo particular y habla todas las lenguas y acentos diferentes sin que unos y otros puedan llamarse por un instante la lengua universal de todos" (105).

esa tradición provocó una configuración espacial en la que los elementos característicos de la ciudad eran imperceptibles, desvaneciendo la posibilidad de identificación directa con el lugar escogido para la concreción de las acciones de los personajes. Desvanecer la impronta espacial en un gesto de desobediencia al mandato de la tradición literaria y a la evidente representación del espacio paceño en los textos contemporáneos, provocó que el espacio configurado sólo pudiera proyectar la certeza de que se trataba de un ámbito urbano, sin mayores detalles sobre cuál sería ese lugar. Posiblemente haya sido Maximiliano Barrientos, en textos como *Diario* (2009) o *Fotos tuyas cuando empiezas a envejecer* (2011), quien más haya cultivado la tendencia de subordinar la configuración del espacio a la importancia de la narración de las acciones de los personajes en un gesto que enfocó la primera etapa de su escritura,² predominantemente, hacia los conflictos emocionales y familiares de sus personajes. Si bien puede inferirse que el espacio urbano configurado es el de Santa Cruz de la Sierra, los elementos que componen esa construcción resultan mínimos, puesto que el interés de la narración no está colocado en ese aspecto. No obstante, con la intervención de los autores cruceños en el campo literario contemporáneo, el mapa se expande para mostrar otras espacialidades y, también, otras motivaciones que no tienen a la ciudad como objeto de máximo atractivo en la narración, lo cual provoca, de hecho, un claro distanciamiento de la tradición literaria del siglo XX.

Una tercera vertiente de producción literaria se vincula con la indagación que persigue este trabajo: se trata de textos literarios que configuran “espacios cosmopolitas” en los cuales las acciones de los personajes se desarrollan en espacios lejanos a Bolivia, extranjeros. Textos como *La toma del manuscrito* (2008) de Sebastián Antezana son un claro ejemplo de configuración espacial por fuera de Bolivia que se aleja, de manera explícita, de la tradición literaria del siglo XX para situar las acciones de los personajes en un espacio extranjero. Incluso, la apuesta del texto de Antezana va más allá: disloca la lengua del texto en un juego de cajas chinas que entrelaza el inglés con el español para colocar en el centro de la discusión a la traducción, su fidelidad y su valor estético, al tiempo que desplaza las fronteras del género narrativo. Se trata de un gesto que le da continuidad a la inestabilidad estética planteada por George Perec en *El gabinete de un aficionado: Historia de un cuadro* (1979) explicitando el

² En sus publicaciones más recientes, la configuración de los espacios se vuelve más social, abierta —en el sentido de lo público— y más definida en su identificación como, por ejemplo, en la novela *En el cuerpo una voz*, de 2017.

aspecto más lúdico de la intertextualidad y la expansión de sus posibilidades como estrategia escritural.³

Sin embargo, ninguna de estas tendencias es absoluta. Muchos de los autores aquí mencionados modificaron, a lo largo del tiempo, su configuración del espacio en estrecha relación con las tramas narrativas planteadas. Es paradigmático el caso de Liliana Colanzi, quien en sus libros de cuentos *Vacaciones permanentes* (2010), *La Ola* (2014), *Nuestro mundo muerto* (2016) y *Ustedes brillan en lo oscuro* (2022) modificó el tratamiento narrativo del espacio. En su primer libro de cuentos, se configura un viaje que diseña un mapa de lugares habitados —no siempre con comodidad— por personajes que se encuentran en La Paz o en Santa Cruz, ciudades de Inglaterra o de Estados Unidos, entre otras. En *Nuestro mundo muerto* y *Ustedes brillan en lo oscuro*, entre tanto, las acciones de los personajes se ubican en espacios rurales del departamento de Santa Cruz o de otros países latinoamericanos para acentuar el elemento fantástico o sobrenatural, tal como sucede en los cuentos “Chaco” o “Meteorito”, por mencionar algunos.

El dinamismo de la producción ficcional boliviana es evidente y requiere de la crítica un esfuerzo que acompañe cada nuevo alumbramiento literario, con el fin de revisar algunas posiciones que se presentan como válidas para algunos textos, pero que caducan frente a otros proyectos escriturales. En este sentido, las publicaciones de la primera década del siglo XXI plantean distancias evidentes con respecto a la tradición literaria, un alejamiento de la discusión política y un desvanecimiento de la problemática social que sí es posible encontrar en textos publicados desde 2015 en adelante. Este gesto retoma, ya no con la lógica de las representaciones literarias del siglo pasado, la discusión sobre el presente no como unidad sino reconociendo una heterogeneidad que posibilita, precisamente, una diversidad de enfoques y tratamientos estéticos que incluyen la discusión sobre lo político y lo social.

En el caso de la escritura de Rodrigo Hasbún se advierte que si bien en *El lugar del cuerpo* (2007) el autor redujo el énfasis puesto en los espacios para provocar otras discusiones tales como la del abuso intrafamiliar, por ejemplo, en *Los afectos* (2015), novela objeto de este análisis, se recupera la construcción de espacios bien demarcados e identificables, al tiempo que estos

³ Para saber más sobre estas discusiones y el rol del espacio, entre otros aspectos, en la producción narrativa boliviana de los años 2000-2010 consultar González Almada, *Relaciones de poder, imaginarios sociales y prácticas identitarias en la narrativa boliviana contemporánea (2000-2010)*.

desempeñan un papel predominante en la trama. Es preciso destacar la continuidad entre ambas novelas, aunque no en el tratamiento, sí en ciertas temáticas como la migración y la extranjería.

En este sentido, el abordaje del espacio no resulta menor en este texto y posibilita un estudio en el que los espacios no se fijan, sino que, en la trama planteada por Hasbún, exponen el tránsito, la migración, la búsqueda y una voluntad de aventura que se vincula a ellos. Por esta razón, la configuración de los espacios en *Los afectos* impondrá en el texto marcas que proyectarán diversos sentidos en la obra.

Empezar de cero en un espacio irreconocible

La novela de Rodrigo Hasbún *Los afectos* plantea un doble juego que tiene al espacio como centro de la discusión: en primer lugar, representa una necesidad de arraigo que los personajes no parecen encontrar; al mismo tiempo, en segundo lugar, supone una posibilidad de movilidad y de dispersión. En esa tensión, el espacio del Estado-nación, Bolivia, se encuentra con un espacio extranjero, otro, que, sin embargo, no se constituye en referencia. En *Los afectos* la dispersión espacial está planteada desde las primeras líneas: “el día que papá volvió de Nanga Parbat . . . nos dijo que el alpinismo se había tecnificado demasiado y que lo importante se estaba perdiendo, que ya no escalaría más” (13). Inmediatamente se pone en escena uno de los ejes que atraviesa a la novela: la tensión entre movilidad e inmovilidad que complejiza la referencia a los viajes y a la migración durante la primera mitad del siglo pasado, con experiencias de viajes y migración en el mundo contemporáneo global y capitalista de la realidad extraliteraria, lo cual vuelve la reflexión sobre los fundamentos del cosmopolitismo, su valor y sus proyecciones de sentido desde una mirada situada en América Latina.

Al tratar el tema de la movilidad, David Morley indica que “la clase es uno de los factores de diferenciación más importantes con respecto a la movilidad” (130), situación que se condice con la representada en *Los afectos*, puesto que los personajes centrales de la novela, Hans y su familia, son alemanes que se instalan en La Paz y en el texto no se dan datos acerca de carencias económicas, más bien todo lo contrario. En ese sentido, si bien la trama está ambientada durante el siglo XX, de manera más precisa, entre los años 40 y 70, se deja claramente establecido que la familia tiene un pasar económico despreocupado y que se relaciona con personas que comparten su misma condición social. Las empleadas domésticas y el personal de servidumbre

aparecen mencionados en el texto, aunque sin roles de relevancia, más bien como pinceladas de realismo que dan cuenta de una posición social de asimetría con indígenas y campesinos aymaras y guaraníes: “apenas la oyó llegar, Jacinta trajo de la cocina un vaso de jugo de mandarina. Le preguntó si quería avena y, después de traérsela, cómo le gustarían los huevos” (110).

Esta asimetría social opera en la trama de dos maneras: por un lado, sostiene el combate de Monika contra su contexto social en una acción política concreta y contundente que le da sostén a su rebeldía frente a su clase y ante su padre; por otro lado, justifica su lugar de dislocamiento por su oposición a las exigencias de esa misma clase que sólo admite una expresión de solidaria caridad, acorde a lo esperado por la suegra o el marido, por ejemplo, representantes simbólicos de una clase social y de un pensamiento político que sólo “cumple” con pequeñas demandas sociales. Dado que a Monika le repele el tratamiento hacia los sujetos subalternizados y racializados de su padre, de su suegra, etc., encuentra una posibilidad de enfrentamiento con su clase y con su familia levantándose en armas con la aspiración de construir un mundo mejor y más igualitario.

Respecto del lugar específico en el que se ubican las acciones de la novela, el mapa trazado en el texto incluye ciudades y espacios rurales de Bolivia además de ciudades europeas. El juego que plantea Hasbún en *Los afectos* revitaliza la confluencia de lo local con lo extranjero que afecta a los personajes en su imposibilidad de relocalizarse en dichos espacios. Hans, quien manda a cavar su propia tumba en la hacienda paradigmáticamente nombrada como La Dolorosa, es el único personaje que decide morir en el lugar que eligió para vivir. El resto de la familia oscila entre Alemania y Bolivia sin poder resolver en qué lugar asentarse, condición que acentúa la sensación de desasosiego. La excepción es Heidi, quien retorna en su adultez a Múnich y decide formar una familia junto a Rudi, matrimonio que luego caerá en desgracia, y con el desarrollo de la maternidad (será la única de las hermanas con descendencia), se completa para ella el conjuro del desarraigo que carga el resto de la familia. Por tanto, Hans en Bolivia y Heidi en Alemania resuelven el problema del desarraigo mientras que Aurelia (la madre), Monika y Trixi se encuentran imposibilitadas de hacerlo, lo cual marca dramáticamente el desarrollo de sus vidas.

La extrañeza frente al espacio y frente a la lengua resultan vectores que afectan íntimamente las acciones de los personajes, que se encuentran siempre al borde de un abismo y en una permanente vacilación que los angustia y los desestabiliza. Ante la necesidad del arraigo, Simone Weil afirma que:

Echar raíces quizá sea la necesidad más importante e ignorada del alma humana. Es una de las más difíciles de definir. Un ser humano tiene una raíz en virtud de su participación real, activa y natural en la existencia de una colectividad que conserva vivos ciertos tesoros del pasado y ciertos presentimientos de futuro. Participación natural, esto es, inducida automáticamente por el lugar, el nacimiento, la profesión, el entorno. El ser humano tiene necesidad de echar múltiples raíces, de recibir la totalidad de su vida moral, intelectual y espiritual en los medios de que forma parte naturalmente. (49)

Esta perspectiva permite complejizar la lectura de la novela y atender al tratamiento de los problemas ocasionados por el desarraigo. Weil identifica dos conductas que ocasionan estragos en el sujeto:

El desarraigo constituye con mucho la enfermedad más peligrosa de las sociedades humanas, pues se multiplica por sí misma. Los seres desarraigados tienen sólo dos comportamientos posibles: o caen en una inercia del alma casi equivalente a la muerte, como la mayoría de los esclavos en tiempos del Imperio romano, o se lanzan a una actividad tendente siempre a desarraigar, a menudo con los métodos más violentos, a quienes aún no lo están o sólo lo están en parte. (51-52)

En la novela de Hasbún se configuran ambas conductas. Trixi representa el primer efecto de desarraigo: su inercia frente al contexto que la rodea, su ocasional falta de voluntad y su silencio evidencian su paulatino alejamiento del mundo. El hecho de que ocupe la casa de atrás a la que habitó desde la llegada a La Paz con el resto de la familia, supone una metáfora que connota el temperamento desarraigado de la menor de las hermanas al tomar distancia de la vida material (por ejemplo, su inestabilidad laboral o la pérdida del trabajo) y de la vida afectiva (no tiene pareja, ni amigos, ni colegas). De hecho, el desarraigo de Trixi se expone descarnadamente en el vacío que se genera en la relación con su padre y con sus hermanas debido a una lejanía emocional irreparable.

El segundo efecto, en la línea planteada por Simone Weil, se observa en Monika. Toda vez que este personaje no encuentra un lugar de “pertenencia” reacciona con enojo frente a su situación de dislocamiento, cuestión que se agrava con el transcurrir del tiempo y con el desarrollo de su vida adulta. Inestable durante la adolescencia, las crisis de Monika se profundizan en la adultez y adquieren un sesgo de mayor violencia cuando el personaje abraza la causa política.

Estos efectos del desarraigo se contraponen y tensionan con la perspectiva de Hans frente a la migración. Donde Hans ve una oportunidad para comenzar de nuevo “empezar de cero es una oportunidad que pocos tienen, decía papá. Empezar de cero no se puede, lo cortaba mi hermana, irse es de cobardes” (17) y la apertura de un nuevo horizonte donde materializar nuevas aventuras, la esposa y las hijas enfrentan un agotamiento ante un entusiasmo ausente: “el día que llegamos a La Paz entendí mejor los temores de mi hermana. Nada era reconocible . . . y en general todo se veía precario y sucio” (17). Hans es quien persigue la aventura y quiere ver un futuro promisorio donde el resto de la familia sólo puede experimentar frustración, vacío y aburrimiento. Por eso para ellas empezar de cero, en un espacio irreconocible, resulta en el desconocimiento de cómo vincularse con un medio social sin referencia y despojado de afectos.

Es en relación con este punto donde adquiere importancia la textualidad cosmopolita creada por Hasbún en esta novela. No se trata de un texto enraizado en un espacio nacional al modo de la narrativa del siglo XX, sino que presenta hebras de lo extranjero que se enlazan con lo local para dar cuenta de un espacio intervenido tanto por lo foráneo como por lo autóctono. En el texto, lo europeo se tensiona con lo indígena, cuestión que adquirirá un relieve problemático cuando esa misma condición extranjera —la alemana— sea la causa de una nueva segregación en suelo boliviano ya no como consecuencia de una crítica hacia las políticas de exterminación alemanas, sino como resultado de la violencia desatada por Monika en su accionar como parte de la guerrilla boliviana. Esta novela, entonces, disputa el sentido de la construcción de una identidad fija al complejizar y exponer el desarraigo que la vuelve inestable. En efecto, aunque Fernando Aínsa sugiere que “la identidad americana se insinúa en el primero de sus requisitos necesarios: el enraizamiento” (6), *Los afectos* plantea una coexistencia poco armoniosa entre geografía y creación literaria, lo cual ocasiona una geopoética fracturada.

Remembranzas de los lugares que ya no existen

El trabajo de Hasbún sobre la memoria adquiere en la novela un espesor que se construye precisamente en el ajuste de hechos históricos entrelazados con acontecimientos familiares. La novela presenta evidencias, eventos concretos y documentación de carácter testimonial que cumplen el propósito de dejar rastros, huellas fehacientes, no sólo de los sucesos políticos sino

también de la textualización de las experiencias familiares.⁴ La narración en primera persona materializa esos testimonios al reafirmar su valor de veracidad, expresados desde la voz de cada una de las hermanas. Sin embargo, esta pluralidad de voces no proyecta una visión unívoca sobre diversos recuerdos familiares, sino que echa luz sobre acontecimientos singulares que son evocados por cada uno de los narradores. La incorporación de matices subjetivos y de sus particulares énfasis, permite reconstruir una historia familiar compleja y, a la vez, habilita un modo de restaurar una memoria desde los fragmentos que esas narraciones exponen.

Si bien Salinas Zabalaga entiende que *Los afectos* es un texto con un marcado carácter polifónico debido a “la renuncia al control absoluto de la información gracias a la multiplicidad de puntos de vista autónomos” (168) y advierte que existe “una falsa unidad, la imposibilidad de un yo colectivo” (168), es necesario acentuar que no existe un acuerdo o consenso entre las distintas voces dispuestas en la narración, sino que ese fingido carácter polifónico se resquebraja al no presentar un pacto coral que presente las voces y los matices al unísono. Es decir, el mero empleo de diversos narradores no supone, necesariamente, un carácter polifónico, sino que desde la lectura que se pone en juego en este trabajo, el recurso empleado por Hasbún refuerza la idea de una pretendida unión familiar y la carencia evidente de una cohesión vincular. Como personajes aislados y solitarios, cada uno —Monika, Trixi, Heidi, Reinhard— expone su voz y punto de vista sin interlocutor, en un vacío dialógico y escenográfico que anula la proyección de la voz a causa de su aislamiento. Sin embargo, el rasgo testimonial continúa vigente puesto que los narradores dejan rastros en diversos soportes tales como cartas, diarios, fotografías, que cumplen el propósito de exponer fragmentos de una historia familiar. El recurso al monólogo descarta la hipótesis de una estructura narrativa polifónica o coral al privilegiar lo individual sobre lo colectivo y la ausencia de un vínculo entre los personajes.⁵ Pese a ello, es preciso advertir una excepción: se trata de Reinhard, único personaje que toma el lugar de narrador y que no forma parte de la familia. Esta excepcionalidad se observa también en el tono y el ritmo de su exposición, ya que la forma de su narración

⁴ Para saber más sobre este abordaje que habilita *Los afectos* consultar el texto de Salinas Zabalaga incluido en la bibliografía.

⁵ Según el *Diccionario del Teatro* de Patrice Pavis, el monólogo se define por “la ausencia de intercambio verbal y por la longitud mayor de un parlamento que puede ser desgajado del contexto conflictual y dialógico” (297). Agradezco a la Lic. Nadia López el acompañamiento en la discusión de esta línea de razonamiento.

es dialógica y, por tanto, exterioriza su voz hacia un interlocutor que, aunque no intercambia con él, está indicado dentro de la narración por doble barra invertida que da cuenta de las pausas en la interlocución:

// Sí, a pesar de todo, a esas alturas de la noche lo hubiera dado todo por desnudar a Monika, por morderle los pezones y lamerla entera, pero me daba cuenta de lo que éramos y de lo que ya no éramos y ni siquiera insinué la posibilidad. Cerca de las tres ella se quedó dormida. La cubrí con una manta y me fui a mi cuarto. La mujer a la que más había amado en mi vida, esa mujer cuyo recuerdo llevaba atormentándome años, la que me había ensuciado por dentro para siempre, dormía en el sillón de mi sala y era una desconocida. // Sí, cuando desperté, ya no estaba ahí. Se había ido sin despedirse. // Sí, por supuesto: nunca más la volví a ver. (94-95)

Por su fuerte carácter subjetivo, las intervenciones de Reinhard pueden leerse como parte de un interrogatorio en el que, además de exponer las circunstancias políticas de la época, emergen sus sentimientos y deseos por Monika.

La narración en primera persona de los miembros de la familia se expresa a través de monólogos que aportan una mirada fractal sobre los acontecimientos narrados, desde una voz interna que acentúa la atmósfera opresiva y solitaria construida por Hasbún:

Apenas regresó de una larga estadía en Europa, meses después de que enterramos a mamá, papá compró tierras cerca de Concepción, en la zona oriental del país, y se largó ahí con la tal Burgl a construir una hacienda. Heidi, a su vez, hizo el viaje inverso, se fue de nuestras vidas, volvió a Munich.

Yo acababa de graduarme y vivía sola en nuestra casa de La Paz. Me había dado unos meses de pausa.

Nunca había tenido novio.

Tenía amigas, aunque en realidad no las tenía.

Tenía hermanas, aunque en realidad tampoco las tenía. (74-75)

Los matices subjetivos aportados por cada uno de los narradores posibilitan una reconstrucción de la historia familiar. Si bien esa reconstrucción no es uno de los objetivos más explícitos de la novela, el hecho de que esté narrada de manera fragmentaria, con saltos temporales y espaciales, indica que el texto se aferra a una trama narrativa que encuentra en la familia su eje ordenador. La dispersión de lugares, relatos y puntos de vista atenta contra

una visión unívoca de los asuntos trazados en el texto y metaforiza la complejidad familiar, que pasa de la unidad aparentemente indisoluble a la dispersión total, con la consecuente incomunicación y ruptura de los lazos familiares. Este aspecto merece una lectura a partir del concepto de extranjería que se configura en la novela en dos sentidos: extranjería respecto del espacio que habitan los personajes y respecto del lugar que ocupan en la familia. La extranjería supone una “condición del extranjero-extraño es, entonces, un espacio de fluctuación entre lo invisible, indecible e inclasificable y lo reconocible, nombrado y categorizado” (Seifert, 24). En este sentido, los personajes de *Los afectos* experimentan un doble extrañamiento que pesa sobre sus acciones en tanto que su dislocamiento provoca un aislamiento que los aleja de la sociedad. De hecho, en la revisión de los espacios representados en la novela, resulta evidente que algunos son espacios aislados por su inaccesibilidad (la selva en la que se encuentra La Dolorosa) o por su hermetismo (la casa en la que vive Aurelia, la esposa de Hans). Estos espacios, sean abiertos o cerrados, acentúan la atmósfera opresiva y solitaria en la que se desenvuelven los personajes.

El espacio de la ciudad de La Paz resulta ajeno, irreconocible, y el extrañamiento se expresa mediante la mención al caos, el desorden y los olores. No es el espacio de lo propio sino el espacio de lo indefectible porque Aurelia, Monika, Trixi y Heidi deben seguir los pasos de Hans. En cuanto a la extranjería respecto del espacio familiar, en su sentido más profundamente metafórico, implica que los lazos familiares se van desgajando hasta volver irreconocibles los vínculos entre los padres, entre estos y sus hijas y entre las hermanas en el sentido en que Seifert indica que “el extranjero-extraño oscila . . . hacia la desestabilización de las certidumbres, vuelve difuso lo que era visible, arrastra a la indecibilidad lo que estaba, en mayor o menor medida, definido y categorizado” (25). Exceptuando los aspectos más utilitarios, por ejemplo cuando Trixi viaja a Múnich a cuidar los hijos de Heidi, la relación desde el afecto y el cariño se desvanece a medida que van pasando los años, acentuando la distancia en la comunicación.

Respecto de la complejidad en la configuración del entramado familiar en textos literarios contemporáneos, Gina Saraceni se centra en categorías tales como “herencia” y “memoria familiar”. Dado que Hans es el personaje de *Los afectos* que dirige a la familia, patriarca al que su mujer y sus hijas siguen en el camino a La Paz, resulta él mismo un personaje que sostiene un mandato que el resto de la familia debe cumplir. Sus hijas deben ubicarse en la estela dejada por la herencia que, según Saraceni, exige una confrontación, ya que se trata

de una “voz que viene *de atrás* para irrumpir y desajustar el presente de los vivos”. Se trata de “una deuda que el heredero contrae con sus antecesores, es decir, como una forma de con-vivencia con los espectros del pasado que sobreviven en el presente” (13, 14). Esta figura de la herencia debe tomarse, en el caso de la novela de Hasbún, en sentido figurado, puesto que Hans permanece vivo hasta el final del texto y sólo la madre muere, afectando íntimamente a Trixi. Más allá del sentido literal de la herencia en caso de muerte de los antepasados, es la ausencia paterna la que, de todos modos, afecta la subjetividad de las hermanas y, al mismo tiempo, exige lidiar con un legado —el de la aventura, el del renombre de Hans durante el régimen nazi, el de la autoridad paterna— que cuestiona permanentemente a Monika, Heidi y Trixi. En esa misma línea, Saraceni afirma que “el sujeto se inscribe en una genealogía . . . y esa inscripción implica . . . el cuestionamiento de la idea misma de genealogía y la revisión de la función que la memoria tiene en el proceso de ‘adquisición’ de un apellido y una procedencia” (14). Esa discusión con el pasado, con la muerte de la madre, se materializa en el acto compulsivo de fumar que Trixi siente que la une a Aurelia de manera indefectible, ya que fue ella quien le enseñó a hacerlo: “fumaba porque mi idea de la felicidad era fumar, echada o de pie, quieta o caminando, aunque lo cierto es que a mí caminar no me gustaba” (72). En ese sentido, herencia y memoria se entraman y provocan un estado de inestabilidad en Monika, Heidi y Trixi.

Un refugio del mundo andino-amazónico como espacio de lo imposible

La novela de Hasbún comienza con la narración del viaje que Hans, Heidi y Monika realizan en busca del mítico Paitití.⁶ El relato se ubica en el tiempo de la adolescencia de las hermanas y se abre colocando el énfasis en el temperamento aventurero y nómada del padre. Este episodio condensa de inmediato la compleja trama familiar al mencionar las crisis de Monika y las falsas expectativas de Aurelia depositadas en la permanencia de Hans en la casa. En el primer capítulo de *Los afectos*, la voz de Heidi coloca a Hans en el centro del encuentro familiar al retorno de Nanga Parbat:

⁶ En el texto mantendré la acentuación tal como aparece en la novela de Hasbún pese a que en los documentos consultados que refieren a este territorio andino-amazónico se emplea otra ortografía.

Monika y Trixi lo oían sumidas en una hipnosis incipiente y mamá ni qué decir. Éramos su clan, las que lo esperábamos, hasta entonces siempre en Munich pero ahora en La Paz desde hacía un año y medio. Irse, eso era lo que papá sabía hacer mejor, irse pero también, volver, como un soldado de la guerra permanente, hasta reunir fuerzas una vez más. Solía suceder luego de unos meses de quietud. (14)

Este es el contexto en el cual Hans anuncia su próxima partida hacia el territorio inexplorado del Paitití, lugar de exuberante belleza en el que pretende encontrar el espacio “donde Dios descansa de nuestra ingratitud y sordidez” (14). Para Hans, esta aventura es el nuevo motor de su existencia “nadie la ha visto en siglos . . . está llena de tesoros, los incas los resguardaban ahí de la codicia de los conquistadores, añadió él, pero eso era lo que menos le interesaba, su único tesoro sería encontrar las ruinas de la ciudad” (14). El impulso de movilidad del personaje se vincula con el deseo de conocer(se) y de conocer a un otro puesto que su participación, en cada expedición, estimula su anhelo de realizar nuevas hazañas. En este sentido, el crítico Fernando Ainsa afirma que

viajar y descubrir consiste no sólo en la expansión de los límites del mundo conocido, sino en hacer retroceder el caos y las brumas de lo ignorado, empresa de conocimiento que supone un reconocimiento de la existencia del otro. La alteridad es arrancada al caos y a la ignorancia y permite —gracias a la razón— fundar una nueva naturaleza completa. (5)

Este particular espacio remite a un pasado prehispánico de ocupación y de violencia en la conquista de América al tiempo que actualiza el bagaje mítico que da sustento al imaginario sobre riquezas y tesoros escondidos en la selva boliviana. Paitití es para Hans una línea de fuga que representa, en un sentido literal, un espacio dedicado al escondite, al misterio, a la preservación y a la huida. En un sentido connotativo, supone la configuración de un espacio que metaforiza una línea tangente que habilita una vía de escape de la opresiva atmósfera conyugal. Debido a que el explorador viaja con dos de sus hijas en búsqueda del mítico paraje, se entiende que es el agotamiento del matrimonio lo que impulsa a Hans a retirarse en un nuevo proyecto de búsqueda del Paitití. Este espacio metaforiza la idealización de la libertad pero también del reconocimiento por sus riquezas escondidas y exuberancia vegetal, por su fama y misterio, que lo convierten —para el personaje— en una meta a alcanzar y el objeto de una obsesión.

Paitití también es, de acuerdo con las investigaciones de la antropóloga y arqueóloga Laura Laurencich Minelli, la generación de un espacio liminal entre tierras altas y tierras bajas, la confluencia de los climas y los pisos ecológicos, el anverso y el reverso del espacio andino-amazónico que, en definitiva, resume su configuración como espacio sagrado e intersticial. Según Laurencich, “Paytiti es el nuevo centro de lo que queda del Tahuantinsuyu, que alberga el oro del Tahuantinsuyu sustraído a los españoles pero también el infierno (para los traidores) en sus dos versiones cristiana e indígena” (130). No obstante, Paitití no es sólo el espacio mítico, sino que representa el plan utópico-político de la convivencia entre indígenas y españoles en el espacio de las reducciones del tiempo de la colonia:

Paytiti . . . parece haber sido una forma de Reducción *ante litteram*, donde se haría realidad un nuevo reino inca y cristiano para devolver su libertad a los indios. Se trataría de un reino mestizo que mezcla los mundos inca y cristiano, y cuya organización recuerda la de las reducciones jesuíticas. Su nombre, Paytiti, parece haber sido tan peligroso para los jesuitas que, en la primera mitad del siglo XVII, sólo se lo lee en la *Relatione Breve* (1603) publicada en italiano para los romanos y en el documento secreto *Exsul Immeritus* escrito en latín, que lo menciona en forma silenciada y con escritura tradicional bien rebuscada, y está además firmado por un jesuita que no podía hacer mucho daño a la Compañía por ser oficialmente difunto. (152)

En este sentido, Paitití adquiere relevancia espacial y política toda vez que, según los documentos analizados por la investigadora, no se constituyó en un espacio imaginario, sino que en efecto existió, dando cuenta de ello los documentos que sustentan el trabajo de Laurencich. Ahora bien, más allá de los avances en el campo de los estudios arqueológicos, es claro que el Paitití opera como un símbolo del pasado esplendor incaico, tanto por su vínculo con el Cuzco como por su reservorio de riquezas. No obstante, también se constituyó en un fragmento sustancial de los relatos míticos referidos al periodo de la Colonia, en un espacio inaccesible, fundido en el tiempo y en la vegetación. Precisamente este aspecto revela con mayor claridad la voluntad de posesión colonial de los conquistadores y sus sucesores ya que, según Fernando Aínsa, “el diálogo entre el conquistador y el espacio americano parece entablado sobre las bases sólidas de la posesión que sigue al deseo” (6).

Si para Hans la búsqueda del Paitití se convierte en su motivación y obsesión, en Monika la misma pasión se deposita en un espacio similar al atravesar la selva y habitarla como escondite para sus posteriores actividades guerrilleras. En un gesto de emulación paternal, la hija sigue el derrotero

simbólico de Hans para configurar su propio Paitití, fracasando también como el padre al ver la caída de la esperanza puesta en ese espacio que se propone como una redención. La proyección entre ambos personajes (Hans-Monika) y ambos espacios (Paitití-selva) radica en el carácter mítico-político que adquieren estos sitios en tanto representaciones de una utopía política emancipatoria tanto para los indígenas de tiempos de la Colonia cuanto para los bolivianos de la década del 60.

Por tanto, la novela discurre en el tránsito entre los espacios de la montaña y de la selva, movimientos que metaforizan, por un lado, el andar de los pueblos tanto en la época prehispánica como durante la Colonia, transitando diversos espacios, sean estos de tierras altas o de tierras bajas; y, por otro lado, una migración contemporánea que tiene por objeto materializar una búsqueda y un deseo de cambiar el mundo, una utopía política que se destruye, finalmente, en la casa de la selva de Hans denominada La Dolorosa.

Una opción geopoética para configurar una textualidad cosmopolita

Este trabajo quiso poner en debate la representación de los espacios y su relevancia en la novela *Los afectos* de Rodrigo Hasbún. Si bien es cierto que el texto admite una lectura en relación a la constitución de los espacios nacionales vinculados a ciertos eventos históricos y políticos de importancia durante el siglo XX, esta investigación atendió más bien a la proyección cosmopolita de la configuración de dichos espacios.

Admitiendo, junto a Fernando Aínsa, que el “ordenamiento de lugares y el establecimiento de distancias en un texto, es decir, la representación por la palabra de una visión del mundo, es siempre una operación subjetiva” (5), la propuesta de este trabajo radicó en la reflexión sobre la composición de una textualidad cosmopolita que intersecciona en el espacio boliviano la presencia de lo extranjero representada por una familia alemana que migra hacia la ciudad de La Paz. Si como afirma Aínsa

los modos como el espacio americano ha sido asumido y transformado en los sucesivos paisajes literarios han sido muy diferentes. Si muchos textos reflejan un conflicto y un enfrentamiento de la identidad primordial con los elementos naturales (narrativa de la selva y de altas montañas), otros han reflejado el horror al vacío (las pampas y desiertos), mientras que algunas obras injertan sus personajes en un escenario decorativo y lleno de detalles pintorescos. (7)

el texto de Hasbún construye una dimensión espacial más próxima a los fenómenos sociales y de movilidad del siglo XXI en tanto que la intersección global-local adquiere su potencia y valor al enfrentar las diversas visiones de mundo en las que se integran el pensamiento indígena, el occidental y el mestizo en un espacio de confluencia como Bolivia, donde habita la sociedad abigarrada latinoamericana por excelencia.

El entramado familiar, por su parte, se vincula al espacio en una relación que permite advertir el juego metafórico que sostiene la atmósfera opresiva, de silencio y de incomunicación que atraviesa toda la novela. Se trata de una estrategia narrativa que impugna los imaginarios vinculados al origen, en los que convergen tanto la familia como la idea de nación en evidente tensión con la tradición literaria boliviana del siglo pasado, más preocupada por robustecer esos imaginarios con el fin de construir un proyecto de país cohesionado y próspero. En la novela de Hasbún, por el contrario, los espacios y los afectos configuran un entramado del origen que aparece desconectado y desgajado. En ese sentido, el cuestionamiento a dicho imaginario —nacional y familiar que, en definitiva, operan como las dos caras de la misma moneda metafórica en relación a las representaciones del origen— y las referencias al pasado aludidas en el texto son contradichas y rebatidas desde las diversas voces que intervienen en la narración, en un esfuerzo por exponer la desarticulación de los miembros de la familia y, con ello, la dislocación del relato nacional.

Finalmente, *Los afectos* interviene en el campo literario boliviano introduciendo una reflexión sobre la migración ya no desde Bolivia hacia el exterior, en espacios extranjeros, sino su contrario, debido a la introducción de personajes extranjeros que migran al país andino-amazónico. En este sentido, la creación de una textualidad cosmopolita complejiza la configuración del espacio en textos de nuestra contemporaneidad, lo cual implica que la novela participa del debate sobre la espacialidad en la literatura latinoamericana. La discusión sobre la pertenencia, la conformación identitaria y la unión-desunión familiar encuentra en la composición espacial un lugar potente que anima el análisis de la memoria de un pasado que se actualiza. Surgen, así, nuevos abordajes que ratifican la relevancia de la geopoética como herramienta metodológica para leer las producciones literarias contemporáneas.

Bibliografía Citada

- AÍNSA, Fernando. 2005. "Propuestas para una geopoética latinoamericana". *Archipiélago. Revista cultural de Nuestra América* 13 (50): 4-10. [<https://repositorio.unam.mx/contenidos/50127>] página descargada el 15 de marzo de 2023.
- CABRERA, Daniel H. 2008. "Imaginarios de lo imaginario". *Fragmentos del caos. Filosofía, sujeto y sociedad en Cornelius Castoriadis*. Daniel H. Cabrera, coord. Buenos Aires: Biblos. 15-33.
- GONZÁLEZ ALMADA, Magdalena. 2017. *Relaciones de poder, imaginarios sociales y prácticas identitarias en la narrativa boliviana contemporánea (2000-2010)*. Universidad Nacional de Córdoba. [<https://ffyh.unc.edu.ar/publicaciones/tienda/publicaciones-de-investigacion/seicyt-posgrado/tesis/relaciones-de-poder-imaginarios-sociales-y-practicas-identitarias-en-la-narrativa-boliviana-contemporanea-2000-2010/>] página descargada el 15 de marzo de 2023.
- HASBÚN, Rodrigo. 2015. *Los afectos*. Barcelona: Penguin Random House.
- LAURENCICH MINELL, Laura. 2011. "Paytiti a través de dos documentos jesuíticos del siglo XVII". *Paititi. Ensayos y documentos*. Isabelle Combès y Vera Tyuleneca, eds. Cochabamba. Instituto Latinoamericano de Misionología-Itinerarios editorial. 116-157.
- MORLEY, David. 2014. "Pertenencias. Lugar, espacio e identidad en un mundo mediatizado". *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*. Leonor Arfuch, comp. Buenos Aires: Prometeo. 123-158.
- PAVIS, Patrice. 1998. *Diccionario del Teatro*. Jaime Melendres, trad. Barcelona: Paidós.
- ROBINS, Kevin y Asu Aksoy. 2014. "El que busca encuentra. Mirada transnacional y conocimiento-experiencia". *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*. Leonor Arfuch, comp. Buenos Aires: Prometeo. 159-192.
- SALINAS ZABALAGA, Jaime Omar. 2022. "Los afectos de la memoria. Familia, memoria y nación en la novela contemporánea boliviana". *Bolivian Studies Journal* 28. 159-184. [<https://bsj.pitt.edu/ojs/bsj/article/view/242>] página descargada el 15 de marzo de 2023.
- SARACENI, Gina. 2008. *Escribir hacia atrás. Herencia, lengua, memoria*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- SEIFERT, Marcos. 2021. *La extranjería argentina. Una literatura entre la pertenencia y el extrañamiento*. Córdoba: EDUVIM.
- WEIL, Simone. 2014 [1949]. *Echar raíces*. Juan Ramón Capella Hernández, trad. Madrid: Trotta.
- WHITE, Kenneth. 1989. "El gran campo de la geopoética". Manuela Gorris Neveux, trad. *Instituto Internacional de Geopoética* [<https://www.institut-geopoetique.org/es/textos-fundadores-es/60-el->

[gran-campo-de-la-geopoetica](#)] página descargada el 20 de marzo de 2023.

ZAVALETA MERCADO, René. 2013. "Las masas en noviembre". *Obra completa. Tomo II: ensayos 1975-1984*. La Paz: Plural. 97-142.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This journal is published by the [University Library System](#) of the [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#), and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).